

James y el melocotón gigante

Roald Dahl



James es un niño huérfano que vive con dos tías muy severas que le hacen la vida imposible. Pero un día, un extraño personaje le regala un cucurucho de bolitas mágicas que hacen crecer sorprendentemente al viejo melocotonero del patio. Montado en un melocotón gigante, James inicia un viaje fascinante por el mundo entero...

Índice de contenido

James y el melocotón gigante
Sobre el autor

*Este libro es
para Olivia y Tessa.*

Hasta los cuatro años, James Henry Trotter había llevado una vida feliz. Vivía plácidamente con su madre y su padre en una hermosa casa a orillas del mar. Siempre había montones de niños con los que jugar, había una playa por la que podía correr, y había mar en el que podía remar. Era la vida perfecta para un niño.

Entonces, un día, la madre y el padre de James fueron de compras a Londres, y allí sucedió una cosa terrible. Ambos fueron devorados en un santiamén (en pleno día, fíjate, y en una calle llena de gente) por un enorme rinoceronte furioso que había escapado del zoológico de Londres.

Esto, como podrás comprender, fue una experiencia de lo más desagradable para unos padres tan cariñosos. Pero a la larga aún fue más desagradable para James que para ellos. Pues sus problemas se acabaron en un periquete. Ellos murieron y se fueron en treinta y cinco segundos escasos.

Y el pobre James, por su parte, seguía vivo y de pronto se encontró solo y asustado en un mundo inmenso y hostil. La hermosa casa a orillas del mar tuvo que ser vendida inmediatamente, y el niño, sin más posesiones que una pequeña maleta en la que llevaba un par de pijamas y un cepillo de dientes, fue enviado a vivir con sus dos tías.

Sus nombres eran Tía Sponge y Tía Spiker, y, muy a mi pesar, tengo que confesar que eran dos personas realmente horribles. Eran egoístas, perezosas y crueles, y ya desde el principio empezaron pegando a James por la razón más mínima. Nunca le llamaban por su verdadero nombre, sino que se referían a él como «pequeña bestia repugnante», «sucio fastidio» o «criatura miserable», y, lógicamente, nun-

ca le daban juguetes para jugar, ni libros ilustrados para mirar. Su habitación estaba tan desnuda como la celda de una prisión.

Vivían —la Tía Sponge, la Tía Spiker, y ahora también James— en una extraña casa destartada, situada en la cima de una colina, en el sur de Inglaterra. La colina era tan alta que casi desde cualquier lugar del jardín James podía ver millas y millas de un maravilloso paisaje de bosques y campos; y en los días claros, si miraba en la dirección apropiada, podía ver allá lejos en el horizonte, un pequeño punto verde, que era la casa en la que había vivido con sus queridos mamá y papá. Y, justo un poco más allá, podía ver el océano, una estrecha franja de color azul oscuro, como una línea dibujada a tinta, que bordeaba el cielo.

Pero a James nunca le dejaban salir de la cima de aquella colina. Ni la Tía Sponge ni la Tía Spiker se preocupaban de llevarle nunca a dar un paseo, ni de excursión, y, naturalmente, no podía ir solo.

«Esta pequeña bestia repugnante no hará más que buscarse líos si sale del jardín», había dicho la Tía Spiker. Y le habían prometido unos castigos terribles, tales como ser encerrado durante una semana en el sótano, con las ratas, si se atrevía tan siquiera a subirse a la verja.

El jardín, que ocupaba toda la cima de la colina, era grande y desolado, y el único árbol de aquel lugar (aparte de un grupo de desastrados laureles en uno de los extremos) era un viejo melocotonero que nunca daba melocotones.

No había columpio, ni balancín, ni foso de arena, ni nunca era invitado ningún niño para que subiera a la cima de la colina a jugar con el pobre James. No había ni tan siquiera un perro o un gato que le hiciera compañía. Y según pasaba el tiempo se iba sintiendo más y más triste, y más y más solo, y se pasaba horas junto a la verja del fondo del jardín, contemplando melancólico el hermoso y prohibido

mundo de bosques, campos y mar que se extendía bajo sus pies como una alfombra mágica.

Llevaba James Henry Trotter tres años viviendo con sus tías, cuando una mañana le sucedió una cosa bastante rara. Y esta cosa, que como dije era solamente «bastante» rara, pronto hizo que sucediera una segunda cosa que era «muy» rara. Y entonces la cosa «muy» rara, a su vez, hizo que ocurriera una cosa que de verdad era «fantásticamente» rara.

Todo sucedió en un caluroso día de mediados de verano. La Tía Sponge, la Tía Spiker y James estaban en el jardín. Como siempre, a James le mandaron a trabajar. Esta vez estaba partiendo leña para la cocina. La Tía Sponge y la Tía Spiker estaban cómodamente sentadas en sus mecedoras, bebiendo limonada y vigilándole para que no dejara de trabajar ni por un momento.

La Tía Sponge era baja y enormemente gorda. Tenía ojos pequeños y cerdunos, la boca hundida, y una de esas caras flácidas y lechosas que dan la impresión de haber sido cocidas.

Parecía un enorme repollo blanco sobrecocido. La Tía Spiker, por otra parte, era nervuda, alta y huesuda, y usaba unas gafas con montura de metal que llevaba sobre la nariz sujetas con un clip. Tenía la voz chillona y sus grandes y finos labios estaban continuamente húmedos. Cada vez que se enfadaba o excitaba, al hablar salía de su boca una fina llovizna de saliva. Y allí estaban sentadas aquellas dos horribles brujas bebiendo sus refrescos y, de vez en cuando, diciéndole a gritos a James que trabajara más rápido. También hablaban entre ellas, diciendo lo hermosas que se creían a sí mismas. La Tía Sponge tenía sobre las rodillas un espejo de mango largo que cogía de vez en cuando para contemplar su horrible rostro.

—¡Huelo y parezco —dijo Tía Sponge—, una rosa! ¡Fija tu vista en mi rostro, mira mi nariz hermosa! ¡Mi hermoso cabello, mi rostro sin vello! ¡Oh, qué pie tan hermoso!

—No digas —gritó Tía Spiker—, el dedo gordo parece de un oso.

Tía Sponge se calló, y habló Tía Spiker:

—Lo siento, mas no me superas, ¡mira mis curvas, mis dientes, mi sonriente rostro sin ojeras! ¡Oh, qué hermosa soy! ¡Cuánto me encanta mi radiante presencia, mi piel tan blanca! ¡Oh, qué dulzura de miel!

—¡Querida besugo! —le gritó Tía Sponge—. ¡Tú sólo eres huesos y piel!

—La belleza que poseo solamente podrá brillar en ¡Hollywood! —gritó Tía Sponge—. ¡Allí podría yo asombrar! ¡Haría papeles estelares, enamoraría hombres a millares! ¡Tendría el mundo a mis pies de estrella!

—De Frankenstein —dijo Tía Spiker— tendrías tu interpretación más bella.

El pobre James seguía partiendo leña como un esclavo. El calor era terrible, y chorreaba sudor. Le dolían los brazos. El hacha era un objeto enorme, demasiado pesado para ser usado por un niño. Mientras trabajaba, James empezó a pensar en todos los niños del mundo y en lo que estarían haciendo en aquel momento. Algunos andarían en bicicleta por el jardín. Otros estarían paseando por arboledas frescas, recogiendo flores silvestres. Y todos sus amigos de otros tiempos estarían en la playa, jugando con la arena y chapoteando en la orilla del mar...

Enormes lagrimones empezaron a brotar de los ojos de James, y rodaron por sus mejillas. Dejó de trabajar y se apoyó en el cepo, abrumado por la infelicidad que le rodeaba.

—¿Qué es lo que te pasa? —gritó Tía Spiker, mirándole por encima de la montura metálica de sus gafas.

James se echó a llorar.

—¡Deja de llorar inmediatamente y sigue trabajando, pequeña bestia repugnante! —ordenó Tía Sponge.

—¡Oh, Tía Sponge! —suplicó James—. ¡Y Tía Spiker! ¿No podríamos ir, por favor, aunque no fuera más que una

vez, en autobús a la playa? No es muy lejos y yo tengo tanto calor y me siento tan terriblemente solo...

—¿Cómo dices, ignorante y perezoso inútil? —berreó Tía Spiker.

—¡Dale una zurra! —gritó Tía Sponge.

—¡Desde luego que lo haré! —profirió Tía Spiker. Miró a James, y James le devolvió la mirada con sus grandes ojos temerosos—. Te pegaré más tarde, cuando no haga tanto calor —dijo—. Y ahora lárgate de mi vista, gusano asqueroso, y déjame descansar en paz.

James dio media vuelta y echó a correr. Corrió todo lo rápidamente que pudo hasta el extremo opuesto del jardín, donde se escondió entre los raquíuticos y destartalados laureles de los que te hablé. Se tapó la cara con las manos y se puso a llorar desconsoladamente.

Fue en este momento cuando ocurrió la primera cosa de todas, la cosa «bastante» rara que luego dio lugar a las otras cosas «mucho» más raras que le sucedieron.

Porque de pronto, justo a sus espaldas, James oyó un movimiento de hojas, y al volverse vio a un anciano vestido con un extraño traje de color verde oscuro, que salía de entre los arbustos. Era un hombre de pequeña estatura, pero que tenía una enorme cabeza calva y la cara casi oculta tras unas pobladas patillas negras.

Se paró a unos tres metros, y se quedó mirando seriamente a James, apoyado en su bastón.

Cuando habló, su voz era lenta y chirriante:

—Acércate a mí, pequeño —dijo, señalando a James con el dedo— Ven aquí, y te enseñaré algo maravilloso.

James estaba demasiado asustado como para moverse.

El anciano avanzó, cojeando, un par de pasos, y entonces metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsita de papel blanco.

—¿Ves esto? —susurró, balanceando suavemente la bolsita ante los ojos de James—. ¿Sabes lo que es esto, hijo? ¿Sabes lo que hay dentro de esta bolsita?

Entonces se acercó otro poco, se inclinó hacia adelante y aproximó tanto su cara a la de James que éste pudo notar su respiración en las mejillas. La respiración del anciano olía a moho viejo y a cerrado, igual que el aire de una bodega subterránea.

—Echa una mirada, hijo —dijo, abriendo la bolsa y enseñándosela a James.

En su interior, James vio un montón de cositas verdes que parecían piedrecitas o cristales, del tamaño de un grano de arroz. Eran increíblemente hermosas, y tenían un extraño brillo, una especie de cualidad luminosa que las hacía destellar y relucir de una forma maravillosa.

—¡Escúchalas! —susurró el anciano—. ¡Escucha cómo se mueven!

James miró en el interior de la bolsa, y pudo comprobar que se notaba un débil murmullo, y también notó que aquellos miles de cositas verdes se movían lenta, muy, muy lentamente, subiéndose unas encima de otras como si estuvieran vivas.

—Hay más poder y magia en estas cositas de aquí que en todo el resto del mundo —dijo el anciano, con voz suave.

—Pero... pero... ¿qué son? —murmuró James, encontrando por fin su voz—. ¿De dónde vienen?

—¡Ahá! —susurró el anciano—. ¡Ni te lo imaginas!

Se agachó un poco más y acercó la cara a la de James, tanto que su nariz rozaba la frente de éste. De pronto dio un salto hacia atrás y empezó a blandir su bastón por encima de la cabeza.

—¡Lenguas de cocodrilo! —gritó—. ¡Mil largas y viscosas lenguas de cocodrilo cocidas en el cráneo de una bruja muerta, durante veinte días y veinte noches con los ojos de un lagarto! ¡Se añaden los dedos de un mono joven, el buche de un cerdo, el pico de un loro verde, el jugo de un puercoespín y tres cucharadas de azúcar! ¡Se cuece todo durante otra semana, y se deja que la luna haga el resto!

Sin más ceremonias, puso la blanca bolsita de papel en la mano de James y dijo:

—¡Ten! ¡Cógela! ¡Es para ti!

James Henry Trotter estaba allí con la bolsita en la mano y mirando al anciano.

—Y ahora —dijo el anciano—, lo único que tienes que hacer es esto: Coge una jarra grande de agua y mete en ella todas esas cosas verdes. Después, muy lentamente, y uno a uno, añade diez pelos de tu cabeza. ¡Eso las excita! ¡Las pone en movimiento! En cuestión de un par de minutos el agua empezará a espumear y burbujear furiosamente; tan pronto como suceda eso tienes que beberte toda la jarra, de un trago. Y después, hijo, lo sentirás agitarse y hervir en tu estómago, y empezará a salirte vapor por la boca, e inmediatamente después empezarán a suceder cosas maravillosas, cosas fabulosas e increíbles, y nunca más en tu vida volverás a sentirte triste ni desgraciado. Porque tú eres desgraciado, ¿verdad? ¡No digas nada! ¡Lo sé todo! Ahora vete y haz exactamente todo lo que te dije. ¡Y no digas ni una palabra de esto a esas dos horribles tías tuyas! ¡Ni una palabra! ¡Y que no se te escapen las cositas verdes! Porque si se te escapan harán su magia en cualquier otro que no seas tú. Y eso no es lo que tú quieres, ¿verdad? ¡El primero que encuentren, ya sea microbio, insecto, animal o árbol, será quien reciba toda la magia! ¡Así que cuida bien la bolsa! ¡No rompas el papel! ¡Vete! ¡Date prisa! ¡No esperes ni un minuto más! ¡Ahora es el momento! ¡Corre!

A continuación, el anciano dio media vuelta y desapareció entre los arbustos.

Un momento más tarde, James volvía hacia la casa corriendo cuanto podía.

Llevaría a cabo toda la operación en la cocina, pensó, si conseguía entrar sin que lo vieran la Tía Sponge y la Tía Spiker. Estaba terriblemente excitado. Atravesó volando, más que corriendo, la alta hierba y las ortigas, sin preocuparse de las picaduras, y a lo lejos vio a la Tía Sponge y a la

Tía Spiker sentadas en sus mecedoras, de espaldas a él. Se desvió para evitarlas, con la intención de entrar por el otro lado de la casa, pero de pronto, justo cuando pasaba por debajo del viejo melocotonero que estaba en medio del jardín, uno de sus pies resbaló y cayó de bruces en la hierba.

La bolsa de papel se abrió al golpear el suelo y los miles de cositas verdes se desparramaron en todas direcciones.

James se puso a cuatro patas inmediatamente y empezó a buscar sus preciados tesoros. ¿Pero qué era lo que estaba pasando? Se estaban hundiendo en el suelo. Pudo ver perfectamente cómo se revolvían y retorcían al abrirse camino en la dura tierra, y sin pérdida de tiempo estiró la mano para coger algunas antes de que fuera demasiado tarde, pero desaparecieron justo debajo de sus dedos. Trató de coger otras, pero sucedió exactamente lo mismo. Empezó a gatear frenéticamente en un intento desesperado de coger las que todavía quedaban, pero fueron demasiado rápidas para él. Cada vez que las puntas de sus dedos estaban a punto de tocarlas, desaparecían en el interior de la tierra. Y pronto, en cuestión de segundos, todas, todas sin excepción habían desaparecido para siempre.

A James le entraron ganas de echarse a llorar. Ya nunca podría recuperarlas, las había perdido, perdido para siempre.

Pero, ¿a dónde habrían ido? ¿Y por qué motivo habían tenido tanta prisa en meterse en la tierra de aquella forma? ¿Qué andarían buscando? Allá abajo no había nada. Nada, excepto las raíces del viejo melocotonero... y un montón de gusanos, ciempiés e insectos, que habitaban en la tierra.

¿Qué era lo que había dicho el anciano? ¡El primero que encuentren, ya sea microbio, insecto, animal o árbol, será quien reciba toda la magia!

¡Cielo santo!, pensó James, ¿qué va a pasar ahora, si encuentran un gusano? ¿o un ciempiés? ¿o una araña?, ¿y qué pasará si llegan hasta las raíces del melocotonero?

—¡Levántate inmediatamente, perezosa bestezuela! — gritó de pronto una voz al oído de James. James levantó la cabeza y vio a la Tía Spiker que estaba de pie a su lado, ceñuda, alta y huesuda, mirándolo a través de sus anteojos de montura metálica—. ¡Vuelve allá inmediatamente y acaba de cortar aquellos troncos! —ordenó ella.

La Tía Sponge, gorda y pulposa como una medusa, apareció resoplando detrás de su hermana para ver qué era lo que sucedía.

—¿Por qué no metemos al niño en un cubo y le bajamos al pozo, y le dejamos allí toda la noche, como castigo? —sugirió—. Eso le enseñará a no andar holgazaneando todo el día por ahí.

—Me parece una idea estupenda, querida Sponge. Pero antes ha de partir la leña. ¡Lárgate inmediatamente de aquí, renacuajo repugnante, y trabaja!

Triste y lentamente, el pobre James se levantó del suelo y se fue a la leñera. ¡Oh, si no se hubiera caído y despararrado aquella maravillosa bolsa! Toda esperanza de una vida más feliz se había desvanecido. Hoy, mañana y al día siguiente y los otros días no habría más que castigos, dolor, infelicidad y desesperación.

Tomó el hacha e iba a empezar a partir leña otra vez cuando oyó un grito a sus espaldas que le hizo detenerse y mirar.

—¡Sponge! ¡Sponge! ¡Ven enseguida a ver esto!

—¿El qué?

—¡Un melocotón! —gritó la Tía Spiker.

—¿Un qué?

—¡Un melocotón! ¡Allí arriba, en la rama más alta! ¿No lo ves?

—Estás equivocada, querida Spiker. Ese miserable árbol nunca ha dado melocotones.

—Pues ahora tiene uno, Sponge. Compruébalo por ti misma.

—Me estás tomando el pelo, Spiker. Me estás poniendo la boca hecha agua a propósito, cuando no hay nada que meter en ella. Ese árbol no ha dado nunca una flor, y mucho menos un melocotón. ¿En la rama más alta dices? Sí, veo algo. Tiene gracia... Ja, ja... ¡Cielo santo! ¡Es para partirse! ¡Es cierto que hay un melocotón!

—¡Y además grande! —dijo la Tía Spiker.

—¡Es precioso, precioso! —exclamó la Tía Sponge.

James dejó a un lado el hacha, se volvió y miró a las dos mujeres, que estaban debajo del melocotonero.

Algo está a punto de suceder, se dijo para sus adentros. Algo raro va a suceder de un momento a otro. No tenía ni la menor idea de lo que podía ser, pero tenía el convencimiento de que algo iba a suceder pronto. Lo percibía en el aire... en la súbita calma que se había apoderado del jardín...

James se acercó de puntillas al árbol. Las tías no hablaban. Estaban tan sólo allí, contemplando el melocotón. No se oía ni un sonido, ni tan siquiera se movía el viento, y en lo alto del cielo azul el sol abrasaba.

—Me parece que está maduro —dijo la Tía Spiker, rompiendo el silencio.

—¿Por qué no nos lo comemos entonces? —propuso la Tía Sponge, relamiéndose—. Podemos comernos la mitad cada una. ¡Eh, tú! ¡James! ¡Ven aquí inmediatamente y sube al árbol!

James se acercó corriendo.

—Quiero que cojas aquel melocotón que está en la rama más alta —prosiguió la Tía Sponge—. ¿Lo ves?

—Sí, Tía Sponge, lo veo.

—Y no se te ocurra darle un mordisco. Tu Tía Spiker y yo lo queremos comer entre las dos aquí y ahora. ¡Hala! ¡Sube de una vez!

James se aproximó al tronco del árbol.

—¡Alto! —dijo rápidamente la Tía Spiker—. ¡No hagáis nada! —estaba mirando hacia lo alto con la boca abierta y

los ojos desorbitados como si acabara de ver un fantasma —. ¡Mira! —dijo—. ¡Mira, Sponge, mira!

—¿Qué es lo que te pasa? —inquirió la Tía Sponge.

—¡Está creciendo! —exclamó la Tía Spiker—. ¡Se está haciendo más y más grande!

—¿Pero qué?

—¡Qué va a ser! ¡El melocotón!

—¡Estás de broma!

—¡Compruébalo tú misma!

—Pero querida Spiker, eso es totalmente ridículo. Eso es imposible. Eso es... eso es... eso es... No, espera un momento... No... No... No puede ser cierto... No... Sí... ¡Santo Cielo! ¡Esa cosa está creciendo de verdad!

—¡Ya es casi el doble de grande! —chilló la Tía Spiker.

—¡No puede ser cierto!

—¡Pues es cierto!

—¡Tiene que ser un milagro!

—¡Míralo! ¡Míralo!

—¡Ya lo estoy mirando!

—¡Por todos los santos! —gritó la Tía Spiker—. ¡Si incluso puedo ver cómo esa cosa crece y se mueve ante mis propios ojos!

Las dos mujeres y el niño estaban totalmente inmóviles bajo el árbol, contemplando aquel extraordinario fruto. La diminuta cara de James irradiaba de emoción, sus enormes ojos de pasmo brillaban como dos estrellas.

Veía cómo el melocotón se iba inflando más y más, igual que un globo.

¡En medio minuto se puso del tamaño de un melón!

¡Medio minuto más tarde ya estaba el doble de grande!

—¡Oh, mira cómo crece! —gritó la Tía Spiker.

—¡Y no para! —chilló la Tía Sponge, accionando con sus gordos brazos, y poniéndose a bailar alrededor.

Y ahora ya era tan grande que parecía una enorme calabaza amarilla colgada de la punta del árbol.